



EVANGELIZACIÓN FAMILIAR

Red de apoyo a la Pastoral Familiar
Módulos de Formación

MÓDULO 9

La misericordia de Dios sana el corazón para amar



Propósito

Reconocer que todos necesitamos sanar las heridas que el pecado deja en nuestro corazón y profundizar en la importancia de acogerse constantemente a la misericordia que Dios nos ofrece en Cristo para restaurarlas.

Encuadre

Una escena típica en un parque recreativo, es ver a los papás jugando con los niños o cuidando de ellos a lo lejos, estando atentos para advertirlos de los peligros y para que no se alejen demasiado. Si los niños se están distanciando los llaman o van por ellos y los traen más cerca de ellos o por lo menos hasta donde no los pierdan de vista. Algo semejante sucede con Dios cuando nosotros, porque así lo decidimos, nos vamos alejando de Él, nos llama, nos advierte y finalmente nos busca y nos recoge en sus brazos. Si un papá o una mamá hacen esto con un niño, normalmente el niño se deja cargar. ¿Nosotros estamos atentos a las advertencias que Dios nos hace? ¿Escuchamos sus llamados? ¿Nos dejamos cargar y sanar por Él?

Iluminación Bíblica Juan 5, 1-9

“Después de esto, se celebraba una fiesta de los judíos y Jesús subió a Jerusalén. Junto a la puerta de las ovejas, en Jerusalén, hay una piscina llamada en hebreo Betesda, que tiene cinco pórticos. Bajo estos pórticos yacía una multitud de enfermos, ciegos, lisiados y paralíticos, que esperaban la agitación del agua. Había allí un hombre que estaba enfermo desde hacia treinta y ocho años. Al verlo tendido, y sabiendo que hacía tanto tiempo que estaba así, Jesús le preguntó: “¿Quieres curarte?”. Él respondió: “Señor, no tengo a nadie que me sumerja en la piscina cuando el agua comienza a agitarse; mientras yo voy, otro desciende antes”. Jesús le dijo: “Levántate, toma tu camilla y camina”. Enseguida el hombre se curó, tomó su camilla y empezó a caminar”.



Para reflexionar:

- **La misericordia de Dios está acerca:** El Amor de Dios siempre es fiel, nunca se termina ni se aleja de nosotros aunque por nuestro pecado nos alejemos de Él, como un papá que ama y cuida a sus hijos, no nos pierde de vista. **Este Amor que se compadece de nuestras fragilidades se llama Misericordia;** amor que consuela, perdona y ofrece esperanza y que Dios nos lo ha manifestado enviándonos a su Hijo Jesucristo, que nació y vivió entre nosotros “haciendo el bien y curando a todos” (Cfr. Hch 10,38). El Papa Francisco nos recuerda que “Dios será siempre para la humanidad como Aquel que está presente, cercano, providente, santo y misericordioso... que la misericordia siempre será más grande que cualquier pecado y nadie podrá poner un límite al amor de Dios que perdona” (Cfr Bula de la Misericordia 6).

Acogida y aceptación de sí mismo: Quien acoge a Cristo en su corazón y en su vida descubre que lo primero que Dios **restaura es la propia dignidad personal**, que perdemos cuando nos alejamos de Él. Como es más íntimo que nosotros mismos y conoce nuestro corazón, sabe cuánto necesitamos del perdón, de tener siempre una nueva oportunidad para reencontrarnos con nuestra auténtica identidad, con el sentido profundo de nuestra existencia que es vivir aprendiendo a amar cada día. Cuando tenemos experiencia personal de encuentro con Dios y descubrimos cuánto nos ama y lo valiosos que somos para Él, cambia nuestra mirada interior, aprendemos a ver lo esencial de nuestra existencia y por lo tanto de los otros. **Cuando nos ponemos bajo la mirada misericordiosa de Dios podemos mirar con misericordia.**

Reconocer en el otro a un hermano: Experimentar el amor paternal y misericordioso de Dios por nosotros y descubrir que ese mismo amor y cuidado lo entrega a todos los seres humanos, nos permite descubrir en el otro a un hermano, a alguien tan digno de ser amado, respetado, valorado y perdonado como nosotros mismos, y nos invita a darle lo que a nosotros nos gustaría recibir. **“Reconocer haber faltado y ser deseosos de restituir lo que se ha quitado – respeto, sinceridad, amor – nos hace dignos del perdón. Y así se detiene la infección. Si no somos capaces de disculparnos, quiere decir que ni siquiera somos capaces de perdonar. En la casa donde no se pide perdón comienza a faltar el aire, las aguas se vuelven estancadas. Tantas heridas de los afectos, tantas laceraciones en las familias comienzan con la pérdida de esta palabra preciosa “discúlpame”.** (Catequesis 13/05/2015).

Reescribiendo la historia personal y familiar desde Cristo: Nuestra existencia está tejida de muchos tipos de experiencias, aciertos y desaciertos que van dejando en nosotros huellas, unas gratas, otras no, que son generadas por los otros o por nosotros mismos. Cuando no nos acogemos al perdón de Dios, no nos perdonamos a nosotros mismos y por lo tanto no perdonamos a los demás, estas experiencias se van estancando en nuestro corazón como heridas que nos impiden amar con toda la libertad y generosidad. **¿Cuántos resentimientos entre esposos, hijos, o con otros miembros de la familia que enferman nuestras relaciones y muchas veces a nosotros mismos?** Así como cualquier herida física necesita varias curaciones para sanarse, las heridas de nuestro corazón necesitan ser expuestas una y otra vez ante el Señor que es el Médico Compasivo y Misericordioso de nuestra alma. Él, que nos conoce más íntimamente que nosotros mismos, nos ofrece el bálsamo de su amor que acoge, perdona y renueva, el único que sana esas heridas porque sólo Él puede hacer nuevo todo y nos da siempre otra oportunidad.

Actividad sugerida: Hacer ejercicios de aceptación de la propia realidad y Elaborar proyecto de vida familiar.

Video recomendado:

<http://www.romereports.com/2014/02/15/8-consejos-del-papa-francisco-para-tener-exito-en-el-matrimonio>